La crisis alimentaria mundial:

explorando sus causas, efectos y… ¿posibles soluciones?

Prof. Antonio Villafuerte
Prof. del área Comercial del Instituto Internacional
San Telmo

Vincent Van Gogh. Gavillas de trigo en el campo. *Rijksmuseum Kröller-Müller. Otterlo. Holanda.*

La ganadería y la industria alimentaria, están experimentando un encarecimiento de las materias primas que hace peligrar la viabilidad de muchas empresas cuando no consiguen trasladar sus mayores costes a los precios que perciben.

En este artículo queremos abordar las causas y efectos de lo que se ha dado en llamar la peor crisis alimentaria desde la década de los años 70.

Son varias las fuerzas que están provocando este fuerte repunte de los precios de los principales productos agrarios en todo el mundo: una compleja combinación de pobres cosechas en los grandes países productores; de fuerte incremento de la demanda en China, India y otros países en desarrollo; de altos precios de la energía unidos a cierta competencia entre el destino a alimentación y a biocombustibles de los principales productos agrarios, junto a bloqueos a la exportación en algunos productores (para impedir el desabastecimiento interior).

Debido a esta situación, la población de los países más pobres, especialmente la población urbana indigente, está sufriendo una situación cada vez más desesperada.

Incluso en los países desarrollados, los consumidores están viendo cómo los precios de los alimentos se encarecen y se hacen, en algunos casos, prohibitivos y, en el plano empresarial, algunos sectores productivos, como la ganadería y la industria alimentaria, están experimentando un encarecimiento de las materias primas que hace peligrar la viabilidad de muchas empresas cuando no consiguen trasladar sus mayores costes a los precios que perciben.

Lo que no deja de sorprendernos es lo rápidamente que ha sobrevenido esta situación, lo inesperado y brusco de su llegada, así como que prácticamente nadie haya sabido interpretar acertadamente los signos y tendencias de los mercados para tratar de anticiparse a esta situación[1]. Y, por ello, no podemos dejar de preguntarnos cuánto puede durar esta crisis, si estamos (gobiernos, productores, empresas, ONGs y familias) preparados para afrontarla si se extendiese en el tiempo y, especialmente, si existen los medios para evitar que pueda endurecerse la situación o que, en caso de recuperarse la normalidad, evitar que pueda volver a repetirse en un futuro más o menos cercano.

Un breve análisis de la complejidad de la situación.

En los últimos meses, mucho se ha escrito y hablado sobre las causas y orígenes de la actual crisis. Algunos autores han tratado de buscar un principal "culpable", pero la realidad es que la situación actual no puede achacarse a un único elemento.

Pero ha sido la convergencia de varios hechos, todos ellos muy relevantes, lo que ha golpeado de forma extraordinariamente brusca y súbita a una escasamente preparada economía "globalizada" y a unos países en desarrollo que confiaban en una lenta pero segura salida de su tradicional estado de pobreza, resultando un auténtico "tsunami alimentario". Es una crisis global, originada por una serie de acontecimientos globales y con consecuencias también globales (aunque, como veremos, afectarán de distinta forma a distintos países).

A principios del verano de 2007, los precios del trigo en los mercados internacionales comenzaron a experimentar unas subidas importantes motivadas, según parecía en esos momentos, por las malas cosechas en Estados Unidos, Canadá y Europa y por los signos que hacían presagiar una prolongada sequía en Australia (todas estas naciones están entre las principales zonas productoras del mundo). Inicialmente, esta subida de precios fue bien acogida por los productores agrarios ("por fin, una buena noticia para el sector", pensó más de uno).

Sin embargo, al subir los precios, otros grandes países productores, como Argentina o Ucrania, tratando de protegerse de la galopante inflación que estaba apuntando en sus economías debido a los altos precios del petróleo, comenzaron a limitar las exportaciones de cereales, en un intento de evitar el aumento de los costes domésticos de los alimentos[2].

Aquí aparece un segundo factor causante, adicional a las malas cosechas: el encarecimiento del precio del petróleo (entre 2003 y 2008, sus precios se han multiplicado por más de tres, según Reuters-CRB), lo que ha tenido múltiples efectos sobre la actual crisis. Unos de los efectos han sido las reacciones de algunos países para controlar su tasa de inflación total. Otro, un aumento en los costes de la producción agraria -muy dependientes del petróleo, por el combustible empleado en las labores de cultivo y cosecha, los fertilizantes y los fitosanitarios- y del transporte de los productos agrarios (el coste de los fletes desde los puntos de almacenamiento en origen a los mercados de destino se han multiplicado por dos en sólo un año). Y un tercer efecto, el aumento del interés por las fuentes de energía alternativas, como los biocombustibles, que se han hecho más viables y atractivas, provocando una

1 Como ejemplo de esta falta de anticipación podríamos citar que la medida europea del "set-aside" (la obligatoriedad de dejar de cultivar alrededor de un 10% de la superficie productiva agraria) no fue derogada por Bruselas hasta finales de septiembre de 2007, en plena espiral alcista de los precios agrarios.

2 Además de la fuerte disminución de la oferta mundial de cereales que estas medidas causaron, no podemos dejar de apuntar el terrible impacto que decisiones de este tipo pueden tener en el desarrollo de un mercado global más abierto. En concreto, afectan a la Organización Mundial de Comercio (OMC) y a las políticas agrarias y alimentarias más aperturistas, como las seguidas por Europa desde hace unos años. El pasado 29 de julio de 2008, los medios de comunicación transmitían el fracaso de las negociaciones de la Ronda de Doha de la OMC para un nuevo pacto sobre el comercio mundial. En esta ocasión, el fracaso fue motivado, esencialmente, por la falta de acuerdo sobre las medidas de protección de las producciones agrarias de los diferentes países.

De hecho, cada vez son más las voces que surgen para reclamar que la producción agraria y los asuntos alimentarios vuelvan a recuperar el carácter de materia estratégica, tanto en el plano nacional, como europeo e internacional -como lo es la energía-, recobrando cierto nivel de protecciones a las producciones locales que, corrigiendo los defectos del pasado, permitan un abastecimiento alimentario seguro, estable y a precios accesibles. Sin embargo, estas medidas chocan con los objetivos liberalizadores del comercio mundial que orientan la OMC.

competencia entre el destino alimentario y energético de ciertas materias primas, como maíz y azúcar (materias primas para la producción de bioetanol) y las oleaginosas (materias primas para la producción de biodiesel).

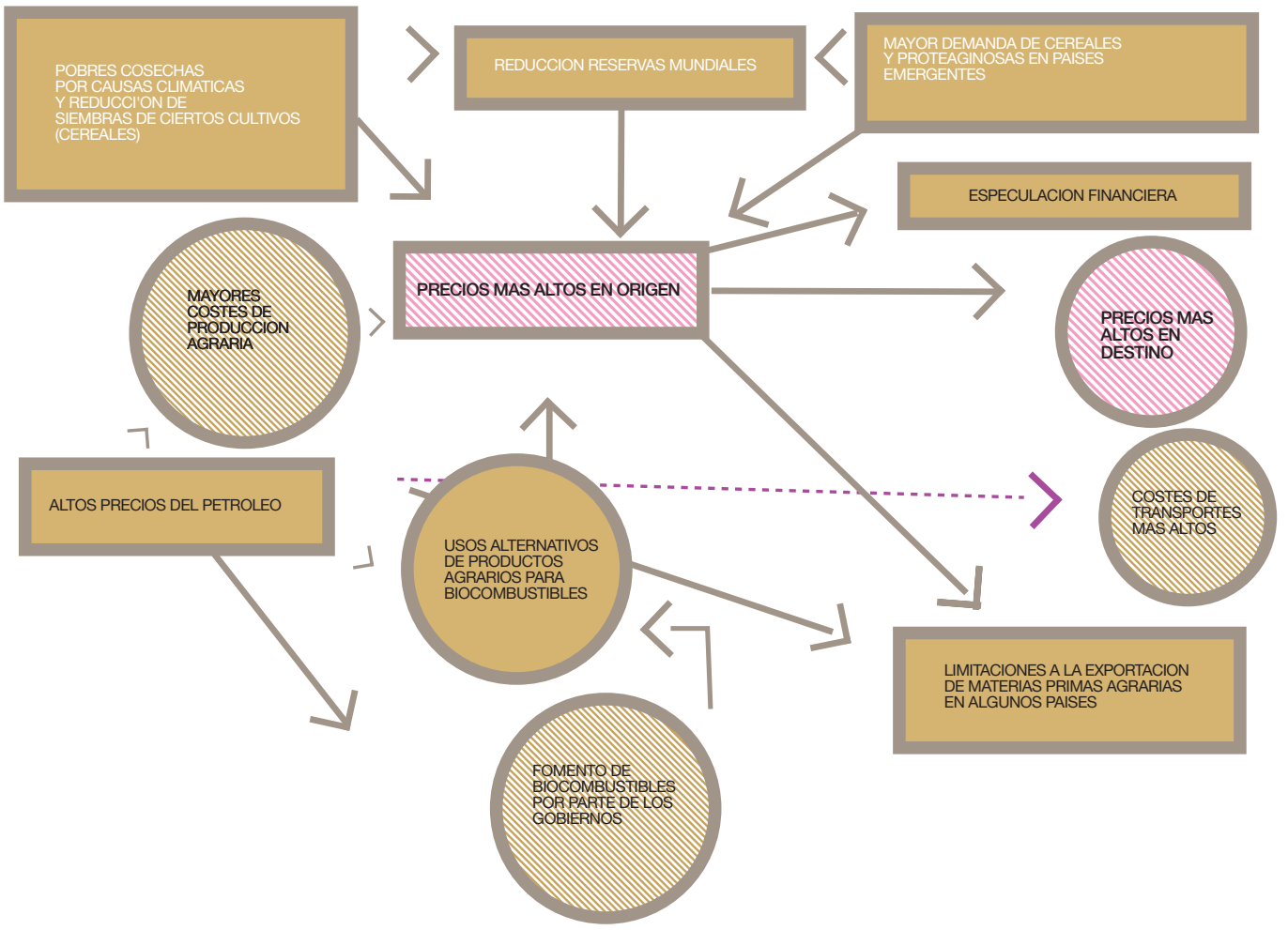
Por su lado, los programas y ayudas de gobiernos de todo el mundo para impulsar la producción y el uso de biocombustibles (en parte como medida de lucha contra el calentamiento global y, en gran parte, para buscar fuentes alternativas de suministro energético) han contribuido a alimentar este efecto competitivo del destino energético frente al alimentario, especialmente en el caso del maíz.

Y no sólo eso. La mejor rentabilidad de estos cultivos con doble destino (energético y alimentario) ha llevado a muchos agricultores a optar por ellos, en detrimento de otros, como el trigo, produciendo una reducción de la superficie sembrada, que se añadía a la que se venía observando desde hace unos años, motivada por el abandono de tierras (obligatorio -set aside- o voluntario, debido la falta de rentabilidad de las explotaciones), por la pérdida de agricultores a causa del envejecimiento u otras dedicaciones profesionales, o por la reducción de suelo rústico a expensas de la urbanización. Según la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), el recorte en la superficie mundial dedicada a trigo, en el periodo comprendido entre 1995 y 2008 ha superado los 2,5 millones de hectáreas (una reducción cercana al 1,2%), mientras que el consumo ha aumentado un 15%. Gracias al gran incremento de la productividad mundial (¡una mejora de un 20% de los rendimientos por hectárea entre esos años!), no estamos siendo testigos hoy de una catástrofe alimenticia mundial aún mayor. Éste sería el tercer factor a considerar en la crisis.

Mientras tanto, todo esto sucedía en un momento en el que el estado de la alimentación mundial estaba entrando en una nueva fase. Desde hace unos años pero, sobre todo, desde 2007, China e India se han venido comportando, prácticamente por primera vez en la historia reciente, como grandes importadores de productos agrarios, fruto de los nuevos hábitos de consumo de sus poblaciones. Debido al crecimiento de su renta per cápita, los países en vías de desarrollo -China e India, primordialmente[3]- han comenzado a integrar más productos cárnicos y lácteos en sus dietas, lo que ha intensificado la demanda de cereales, forraje y oleaginosas (entre ellas, y de forma destacada, la soja), conformando el cuarto factor causante de la situación actual.

Adicionalmente, una quinta causa. El almacenamiento mundial de los principales productos agrarios alcanzaba sus mínimos históricos en este período. Desde la caída del muro de Berlín, el mundo pareció alcanzar una nueva etapa en la que los intercambios comerciales internacionales crecían año tras año, impulsados por las políticas de liberalización del comercio mundial, las mejoras en el transporte de mercancías y los avances tecnológicos en el ámbito de las comunicaciones. Dada la mayor eficiencia de los mercados y la facilidad de disponer de alimentos relativamente baratos en cualquier parte del mundo, la tradicional práctica de los

Figura 1



3 Según datos de la OCDE, el consumo per capita de carne de vacuno en China ha crecido un 50% entre los años 2000 y 2008, mientras que, en carne de cerdo, fue alcanzó el 34%, y en ovino, el 25%. En India y en el mismo período, el consumo de carne de ave se duplicó.

mercados de hacer acopio de las principales materias primas para proteger su suministro alimentario de situaciones similares a la actual, no parecía ya necesaria, sino algo que había quedado en el pasado. Según la FAO, desde 1995 los niveles mundiales de reservas de cereales se han reducido un 3,4% cada año. De hecho, algunos expertos afirman que, debido a la desprotección ante las evoluciones de los mercados, la actual crisis alimentaria podría haber llegado a presentarse incluso algunos años antes y aún con mayor crudeza.

Esta reducción de las reservas se ha debido a varios factores. Por un lado, a un crecimiento de la demanda superior a la oferta (por los factores antes mencionados). Por otro, a los acuerdos de la OMC, que han restringido la intervención gubernamental en materia de almacenamiento y, por otro, a las tensiones financieras causadas por el mantenimiento de un sistema de existencias que, aparentemente, ya no era necesario.

Para terminar de describir el panorama, los productos agrarios comenzaron a convertirse en el nuevo oro en el que invertir. Los mercados de futuros de productos agrarios atraían la atención de especuladores que buscaban diversificar el riesgo y obtener altas ganancias, convirtiéndose, a su vez, en otro factor del encarecimiento de los precios agrarios mundiales.

En la Figura 1 se puede apreciar la multitud de factores que han participado en la situación actual y la complejidad de sus vínculos e interrelaciones.

Tendencias, las previsiones de futuro y sus efectos.

Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), el inicio del repunte de los precios de productos agrarios mundiales comenzó hace unos años. Según la evolución del Índice de Precios de los Alimentos mundiales que elabora esta organización, la reducción de los precios reales de los alimentos que venía produciéndose

Se ha reducido el consumo, y los consumidores tratan de ahorrar eligiendo con cuidado el lugar donde compran, los productos que compran y las marcas que compran (las marcas blancas han experimentado un significativo crecimiento en los últimos meses).

1/2

progresivamente año tras año desde la década de los 60 se interrumpió a finales de los 80, cuando, prácticamente, llegaron a estabilizarse (como se puede observar en la Figura 2). A partir de los primeros años del siglo XXI se inicia una subida gradual (con un incremento medio de los precios, entre los años 2000 y 2005, del 1,3%), disparándose a partir de 2006 (el crecimiento medio de los precios agrarios entre 2006 y 2008 superó el 15%).

No obstante, como también se aprecia en la Figura 2, a pesar del crecimiento de los últimos años, los niveles actuales de los precios reales (descontando la inflación) son aún inferiores a los de hace 3 ó 4 décadas. Esto indica la mejora que se ha producido en los precios mundiales de la alimentación, gracias a la mayor productividad de las explotaciones y eficiencia de los mercados, haciendo posible que una gran parte de la población indigente accediese a más y mejores alimentos. Sin embargo, esta relativa mejora de nivel de vida, vuelve a cuestionarse en estos momentos.

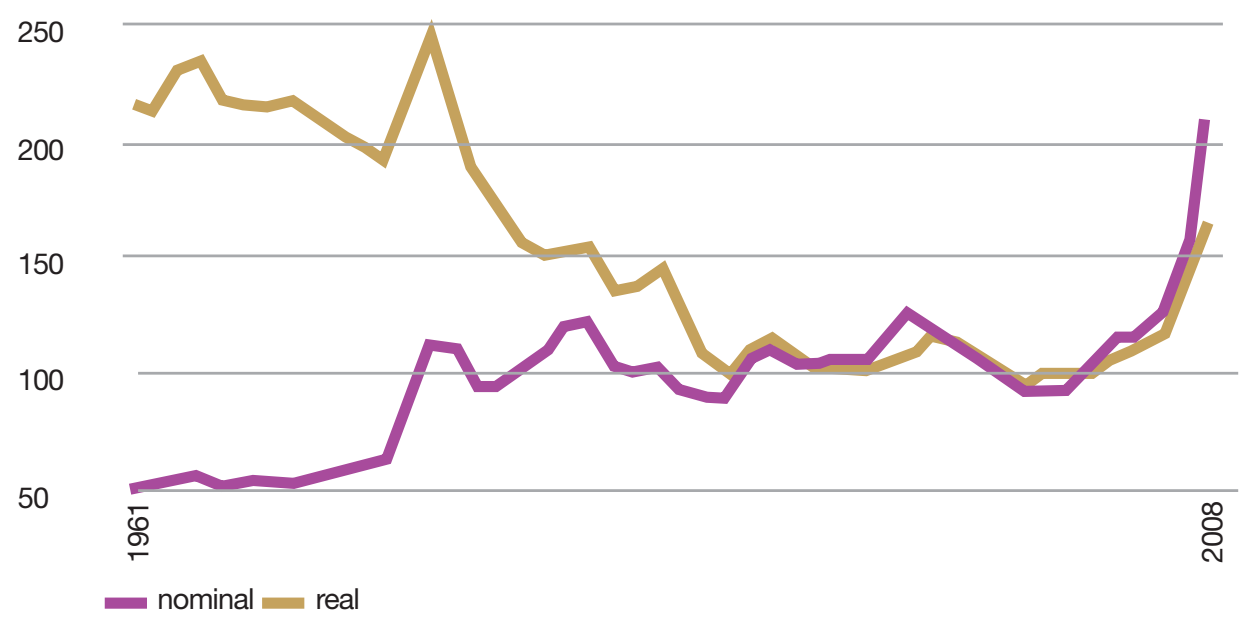
Al parecer, todos somos hoy más pobres que hace diez ó 20 años -ya que con los mismos recursos podemos adquirir menos bienes esenciales- y lo seguiremos siendo los próximos años.

Según los estudios de la FAO y de la OCDE, para los próximos 10 años, lo que nos espera es más de lo mismo: precios agrarios algo menores que los actuales (parece que en 2008 se puede haber alcanzado un máximo), pero manteniéndose a niveles más altos que los de la última década.

En este entorno, los países con fuerte dependencia del petróleo y de las importaciones de alimentos sufrirán mucho, especialmente aquellos que tradicionalmente han tenido problemas para alimentar a su población. La FAO estima en 37 el número de países que más intensamente van a padecer esta situación, que se prolongará bastante el tiempo -y que, por tanto, no deberíamos llamar propiamente "crisis"-. Y dentro de esos países, la población indigente de las zonas urbanas -la que más ha crecido en los últimos años por la afluencia de población rural a las ciudades- sufrirá más que la de las zonas rurales (por la mayor facilidad que ésta tiene para producir sus propios alimentos).

En los países más desfavorecidos, las familias están sustituyendo el maíz, la base de su alimentación, por sorgo, un cereal que tradicionalmente se usaba para pienso. Pero, los precios de éste también se han encarecido. Otras, simplemente, están restringiendo su consumo de alimentos básicos, empeorando su ya mermado aporte nutricional.

Figura 2 Índice ampliado de precios de los alimentos de la FAO. 1998-2000=100



Fuente: FAO

Fuentes
FAO: Conferencia de alto nivel sobre la Seguridad Alimentaria Mundial: los desafíos del cambio climático y la bioenergía. Aumento de los precios de los alimentos: hechos, perspectivas, impacto y acciones requeridas. Roma, junio de 2008
OECD: Agricultural Outlook (2008-2017). 2008.
OECD: Agricultural Outlook (2007-2016). 2007
washingtonpost.com: Global Food Crisis. Abril, 2008

En consecuencia, es de esperar que surjan nuevos conflictos sociales en muchos de estos países, como los que ya se han producido en Méjico, Haití e, incluso, en Argentina.

En cuanto a los países desarrollados, la crisis alimentaria se ha sumado a una crisis financiera, inmobiliaria y de consumo, como en el caso de España o de Estados Unidos. En estos países, se ha reducido el consumo, y los consumidores tratan de ahorrar eligiendo con cuidado el lugar donde compran, los productos que compran y las marcas que compran (las marcas blancas han experimentado un significativo crecimiento en los últimos meses).

¿Soluciones?

Para un problema de tanta complejidad no es fácil disponer soluciones. Tras la Cumbre Mundial sobre la alimentación celebrada en Roma a principios de junio de 2008, la FAO aconseja una serie de medidas a los gobiernos, a corto y medio plazo. Entre otras acciones, recomienda "prestar una atención renovada al sector agrícola… Existe un margen amplio para incrementar sustancialmente la producción y la productividad agrícola".

Con estas recomendaciones, no puede dejar de parecernos curioso que, hasta hace muy poco tiempo, el hilo conductor de la política agraria europea fuese la limitación de las producciones.

Desde el punto de vista de la producción agrícola española, quizás sea éste el mejor momento para hacer las mejoras que el sector requiere desde hace tiempo: desde el punto de vista de las estructuras productivas (tamaño de las explotaciones y cooperativas), investigación y desarrollo, aplicación de nuevas tecnologías, mejora de los sistemas de riego, rejuvenecimiento de los agricultores, etc.

Volviendo a los consejos de la FAO: "Para lograr este aumento de la productividad, deberán alcanzarse mejoras significativas y sostenidas en ámbitos que se han descuidado durante mucho tiempo, como la investigación, la extensión y la infraestructura agrícola y general, además de instrumentos de crédito y gestión del riesgo". Esperemos que los gobiernos y las instituciones tendrán que tomar decisiones a este respecto que ganen en coherencia y en visión de futuro respecto al pasado. Por el bien de todos.